Que á resistirte con los dos triunfáras.
Tu morir fué deber; pues si hoy vivieras,
Ni á tus hijos mas lauros les halláras
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

Madrigal.

Tórtola amante, que en el roble moras
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus males, si es que lloras,
Y pocas son tus penas, si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desden te desvía,
No durará el desden; que tu porfía
Está un pecho de pluma conquistando.
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?
¡Ay de la pena mia,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!

CAPÍTULO XII.

Poesía sagrada.

No se daria idea cabal de la poesía lírica castellana, si no se hablase especialmente de la sagrada. En un pueblo religioso como el nuestro, no era posible que los poetas tratasen solo de asuntos profanos, y algunos hubieron necesariamente de dedicarse á los muchos altos y dignos que la religion ofrece. Tal sucedió con efecto; y así en prosa como en verso, hubo infinitos escritores místicos; pero las riquezas poéticas que de este género nos quedan son harto escasas, al ménos si se atiende solo á las composiciones que merecen ocupar un lugar distinguido en la verdadera poesía. Ya sea por el gusto de sus autores, ó su escaso talento; ya por su carácter humilde y excesiva modestia; ya por la incuria de los que las publicaban sin reunirlas en colecciones; ya por el desden con que las miraban los mas encumbrados poetas; ya en fin por el espíritu poco religioso que dominó generalmente en la literatura del último siglo; lo cierto es que no son muchos los poetas religiosos que se han salvado del olvido. Sin duda una erudicion exquisita lograria sacar á luz riquezas de esta clase que yacen enterradas, haciendo en ello un gran servicio, pues las que poseemos son de tal valor que hacen en realidad sensible su corto número.

Hemos visto hasta ahora que en los diferentes rumbos que habia seguido nuestra poesía desde el orígen de la lengua, si se exceptúa la poesía popular, precisamente la mas escarnecida y olvidada de los literatos, en lo demas habia carecido de originalidad, sujetándose siempre á la imitacion de extraños modelos. En el siglo XV la poesía provenzal, en los siguientes la italiana y latina, habian sido la norma de nuestros escritores que de esta suerte se privaron de tener un carácter verdaderamente nacional, y coartaron ademas de un modo sensible la inspiracion y el genio. Así sus obras, apreciadas de los literatos y erudi-

tos, llegaron á hacerse patrimonio del pueblo, á tal punto que, como ya hemos visto, muchas quedaron por gran tiempo olvidadas en el polvo de los archivos, hasta que fueron desenterradas por la diligencia de celosos amantes de nuestras glorias. Con efecto, églogas en que se describan costumbres pastoriles que no existen, canciones sobre amores alambicados y oscuros, ó sobre objetos referentes á la antigüedad pagana, epístolas morales y sentenciosas; nada de esto podia interesar al pueblo, porque no representaba ni sus ideas, ni sus costumbres, ni sus gustos. Otra cosa hubiera podido ser la poesía religiosa: aquí ya se tocaba un sentimiento vivo, profundamente grabado en el corazon de los españoles, se pulsaba una cuerda que los hácia latir y entusiasmarse. Ademas, aquí ya no podia haber imitacion de los antiguos, y se abria un ancho campo á la originalidad. Por desgracia, esta originalidad no siguió siempre el buen camino; y el espíritu conceptuoso y alegórico la contagió hasta el punto de que se necesitaba toda la fe y todo el candor que entónces reinaban, para que tales composiciones no cayesen en el ridículo y el desprecio. Los misterios de nuestra religion, los hechos de los santos, se cantaron en coplas extravagantes que en la actualidad hacen reir: la afectacion de la alegoría llegaba hasta el punto de intitular una obra de oraciones místicas: *Alfalfa divina para los borregos de Jesucristo*, y de hacer á la Vírgen seguidillas que nos parecerian escandalosas, si la sana intencion no las disculpase.

Ya desde antiguo se habia introducido este mal gusto en la poesía religiosa. En el *Cancionero general* se encuentra, entre várias composiciones ridículas, una *Ave María* nada ménos que de Fernan Pérez de Guzman, que principia así:

Ave, preciosa María
Que se debe interpretar
Trasmontana de la mar,
Que los mareantes guia, etc.

Sobre la doble naturaleza del Hombre-Dios, existe la siguiente cancion:

El sy, sy, el como no sé
Desta tan árdua quistion
Que no alcanza la razon
Á donde sube la fe.
Ser Dios-ombre y ombre-Dios,
Ser mortal y no mortal,
Ser un sér, extremos dos,
Y en un sér no ser ygual
Es siempre, será no fué.
Siempre fué y siempre son,
Siempre son, mas no son due,
Y aquí la razon es fe.

Otras veces brillaba mas la imaginacion, como en la siguiente cancion de *Alonso de Proaza*, en loor de *Santa Catalina de Sena*.

Tres fieros vestiglos, soberbios gigantes,
Contrarios perpétuos del bien operar,
Salieron, señora, con vos á lidiar,
En diestros caballos, ligeros, volantes.

Mas esta batalla por vos aceptantes
Los santos tres votos de vos esenciales,
Cavalgan armados, y en fuerzas iguales
Se hallan en campo los seis batallantes.
Los unos enlazan los yelmos daquende,
Los otros las lanzas engozan dallende.
Y unos á otros se dejan venir,
Y dánse recuentros de tanta fiereza,
Que creo lidiantes de tal fortaleza
En justas se vieron jamás combatir.
La santa pobreza ya hizo salir
Al mundo del rencle del golpe primero,
La fuerte obedienza al diablo romero
Hizo las armas en campo rendir.
Y desta manera vencidos los dos,
Quedaron, señora, subjetos á vos.
El blanco caballo de mas excelencia
En el que justaba la casta doncella
Encuentra, derriba, por tierra tropella
La carne que hace mayor resistencia,
Que el mundo, la carne, en gran Lucifer
Nunca mas armas osasen hacer
Con la grandeza de vuestra potencia.
É aquesta batalla de tres contra tres
Por estas tres coplas se supo despues.

Otras veces hasta se profanaban las cosas mas sagradas aplicándolas á los asuntos mas mundanos, como en el *Pater noster de las mujeres* por Salazar.

Rey alto á quien adoramos,
Alumbra mi entendimiento,
Á loar en lo que cuento
Á tí que todas llamamos
Pater noster
Porque diga el disabor
Que las crudas damas hacen,
Como nunca nos complacen,
La súplica á tí, Señor,
Qui es in cœlis

Y así lo demas.

Este gusto siguió siempre, aun en los mejores tiempos de nuestra poesía, y no era de presumir se mejorase cuando la secta de gongoristas y conceptistas vino á corromperle de todo punto. En la *Monarquía mística de la Iglesia por Fray Lorenzo de Zamora*, se encuentran unas redondillas á San José, que empiezan así:

¿Qué lengua podrá alcanzar
Aquel que tanto subió,
Que á la palabra enseñó
Del propio padre á hablar?
Segun su sábio arancel,
Aunque por diversos modos,
Es Dios maestro de todos,
Pero de Dios lo fué él.
De lo que su ciencia fué

Yo no sé dar otra seña,
Sino que al Cristus enseña
Las letras del A B C.
¡Ó Jesus! es tan gloriosa
Vuestra virtud y de modo,
Que el mismo padre de todo
Su madre os dió por esposa.
¿Pudo dar al hijo el padre
Madre de mas alto ser,
Aunque en razon de mujer,
Pero no en razon de madre?
Á esta cuenta pudo Dios,
Josef, haceros mas santo;
Mas como padre sois tanto
Que otro no es mejor que vos, etc.

Por todas las anteriores muestras se puede colegir el espíritu y forma de todas estas poesías religiosas que componian el fondo de la mayor parte de los libros devotos que andaban en manos de las gentes. El fervor religioso escrupulizaba poco en cuanto al mérito literario; y el mismo deseo de encarecer la piedad del modo mas ardiente y expresivo, hacia pasar por buenos los conceptos mas extravagantes, y el mas ridículo lenguaje.

Existian, sin embargo, varones eminentes en piedad y ciencia que huyendo de semejantes absurdos, aplicaban á los asuntos místicos una poesía mas alta y digna de su grande objeto. Es cierto que dejaron tambien muchas veces de ser originales, imitando en sus cantos las imágenes y el estilo de las escrituras; mas fuera de que la inspiracion bíblica sienta muy bien á los asuntos cristianos hallaron aquellos poetas en su corazon piadoso, y en el amor divino que les inflamaba, una nueva fuente de entusiasmo, de donde corrieron con abundancia las ideas mas sublimes, los afectos mas tiernos y las expresiones mas poéticas, dando todo esto á sus composiciones un giro enteramente nuevo y un carácter verdaderamente original.

Con efecto, nuestros poetas profanos, teniendo siempre delante la antigüedad materialista, y no habiéndose sabido crear sino muy rara vez asuntos que hablasen al corazon, inflamasen su fantasía y creasen la verdadera inspiracion, están léjos del noble vuelo que toman nuestros líricos sagrados. Olvidados estos del mundo prosaico que nos rodea, divinizando todo, hasta el amor; teniendo por deber el sacrificar á una necesidad de alma todos los bienes terrenales, en ellos la parte moral predomina sobre la material. Poseidos de un contínuo arrobamiento vivian, por decirlo así, en la mansion celeste, no veían mas que la grandeza de Dios, no conocian mas deleite que el amarle; y la expresion de este deleite, de estos raptos del alma arrebataba á sus liras torrentes de melodía y cánticos llenos de interes, de novedad y gracia.

Entre estos cantores celestiales brilla en primera línea *Fray Luis de Leon*, cuya alma tierna y afectuosa parecia nacida expresamente para esta especie de composiciones. Siempre que pulsa la lira para objetos sagrados, un dulce éxtasis le eleva á los campos de la contemplacion, y prorumpe en exclamaciones que salen del fondo de su alma: ó bien pinta la mansion celeste, describiéndola con expresiones místi-

cas que, unidas á la suavidad de la versificacion, producen un encanto inexplicable, no pareciendo sino que se escucha la dulce armonía de los ángeles. Estas odas son en él generalmente cortas, porque semejante inspiracion no puede durar mucho tiempo, y fatigaria tanto al lector como al poeta, si se prolongase. Oigámosle, cuando se dirige al Señor en su ascension.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
Á tus pechos criados,
De tí deposeidos,
¿Á dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube, envidiosa
Aun de este breve gozo, ¿qué le aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

No es ménos bella la oda en que describe la *vida del cielo* por medio de una alegoría.

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo,
Ni con el rayo ardiente
Falleces, fértil suelo,
Producidor eterno de consuelo.
De púrpura y de nieve
Florida la cabeza coronado,
Á dulces pastos mueve,
Sin honda ni cayado,
El buen pastor en tí su hato amado.
Él va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto mas se goza, mas renace.
Y dentro á la montaña
Del alto bien las guia, y en la vena
De gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo y suerte buena.
Y de su esfera, cuando

Á cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando,
De su hato ceñido
Con dulce son deleita el santo oido.
Toca el rabel sonoro
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro
Y ardiendo se traspasa,
Y lanza en aquel bien libre de tasa.
¡Ó son, ó voz siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido y fuera
De sí el alma pusiese,
Y todo en tí, ó amor la convirtiese!
Conoceria donde
Sesteas, dulce esposo, y desatada
De esta prision, á donde
Padece, á tu manada
Viviera junta, sin vagar errada.

Así canta de Leon cuando la inspiracion celeste inflama su frente. La ilusion es á sus ojos completa. Créese ver en aquellas santas llanuras de eterno verdor, en aquellos valles de luz que nunca marchitan los hielos, ni entristece la oscuridad: respira su profunda calma; una frescura embalsamada circula en torno suyo; se pierde meditabundo en la enramada; y allí, en su divino éxtasis, piensa oir el canto de los bienaventurados, reproduciéndolo en sus versos.

Ademas de las otras poesías sagradas de Leon y de sus imitaciones de los salmos, pueden considerarse como pertenecientes á este género las bellísimas odas á *Felipe Ruiz* y *Noche serena*, en las cuales predomina el sentimiento religioso.

Otro poeta sagrado, contemporáneo de Fray Luis de Leon, fué *San-Juan de la Cruz*, llamado el *Doctor extático*. Nació en Ontiveros el año de 1542: quedó muy niño huérfano: desde la edad de 13 años entró en el hospital de Toledo para la asistencia de los enfermos; tomó el hábito de la órden del Cármen en 1563; y fué despues asociado á Santa Teresa de Jesus para la reforma de los carmelitas: obtuvo várias dignidades en su órden, y murió en Úbeda á 14 de diciembre de 1591, el mismo año en que Leon. Fué varon ejemplar por su caridad y virtudes, y la fama de su santidad le hizo canonizar 1674.

Pocas son las poesías que se conocen de este autor: la mas notable es un *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*, imitacion del *Cantar de los cantares*, en la que bajo la alusion de unos amores profanos y con expresiones de la mayor ternura, canta el amor divino. Á la manera de Fray Luis de Leon, hay en su versificacion cierto abandono y descuido que manifiesta muy bien que el poeta se ha dejado arrastrar de la inspiracion, cuidándose mas bien de dar salida á los sentimientos de su alma, que de adornarlos con un lenguaje castigado y pretencioso: hay, sin embargo, tal suavidad en este lenguaje, corren tan fácilmente las expresiones, son tan felices, las imágenes tan bellas, que toda la composicion arrebata. Demasiado larga para trasladarla aquí entera, copiaremos no obstante algunos trozos.

Esposa.

¿Á dónde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo mas quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

. . . . . .

Las criaturas.

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

. . . . . .

Esposa.

En la interior bodega
De mi amante bebí, y cuando salia
Por toda aquesta vega
Ya cosa no sabia
Y el ganado perdí, que antes seguia.
Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa;
Y yo le dí de hecho
Á mí sin dejar cosa:
Allí le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio;
Que ya solo el amar es mi ejercicio.
Pues ya si en el egido
De hoy mas no fuera vista ni hallada,
Diréis que me he perdido;
Que andando enamorada
Me hice perdediza y fuí ganada.
De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas
Y en un cabello mio entretegidas.
En solo aquel cabello

Que en mi cuello volar consideraste:
Mirástele en mi cuello
Y en él preso quedaste,
Y en mis dos blandos ojos te llagaste.

Coetáneo de los anteriores fué tambien Fray Pedro Malon de Chaide, que nació en Cascante por los años de 1530. Abrazó la vida religiosa tomando el hábito de San Agustin: su erudicion le alcanzó el grado de doctor en teología, fué catedrático de la universidad de Zaragoza, y sus sermones le granjearon muy gran fama.

La única obra que se ha publicado de este autor es el *Tratado de la Magdalena*, escrito en prosa, pero donde intercala composiciones en verso. Reina en estas la misma sencillez que en Fray Luis de Leon, y hay frecuentes imitaciones de la Biblia, siendo muchas de sus composiciones meras paráfrasis de los Salmos. Hé aquí cómo pinta al Cordero divino cercado de los coros de las vírgenes.

Al cordero que mueve
Con el cándido pié el dorado asiento;
La luna mas que nieve
Cuajada allá en el viento,
En cuya mano va el pendon sangriento.
Hablo de aquel cordero
En celestiales prados repastado,
Que al lobo horrendo y fiero
De duro diente armado,
De la garganta le quitó el bocado.
De aquel que abrió los sellos,
Que fué muerto, mas vive eterna vida,
Y los misterios de ellos
Con su luz sin medida
Mostró su cerradura mas rompida.
Cércante las esposas
Con hermosas guirnaldas coronadas,
De jazmines y rosas,
Y á á coros concertadas
Siguen, dulce cordero, tus pisadas.
En esa luz inmensa,
Hechas unas divinas mariposas,
Andan libres de ofensa,
Y el fuego mas hermosas
Vuelve esas almas santas tus esposas.
Y cuando al medio dia
Tienes la siesta junto á las corrientes
Del agua clara y fria,
Del amor impacientes
Ciñen en derredor las claras fuentes.
Porque las arrebata
El dulce olor que el ámbar tuyo aspira,
Y el blando amor las ata
Que en sus pechos aspira;
Pues siempre te ama el que una vez te mira.
Andas en medio de ellas,
Dando mil resplandores y vislumbres,
Como sol entre estrellas,
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos da tus lumbres, etc.

En estos versos se ve alguna mas correccion que en los dos de Leon y San Juan de la Cruz : no hay, sin embargo, tanta suavidad y poesía. Este autor era naturalmente severo, y poco afecto á nuestros poetas profanos, á quienes tenia por perniciosos ; siendo el deseo de destruir el mal efecto de sus obras, lo que le indujo á componer la suya. Llama á aquellos *libros lascivos, rocas en que se rompen los frágiles navios de los mal avisados mozos*, comprendiendo en este anatema nada ménos que á Garcilaso. No obstante, debió estudiar muy detenidamente estos poetas que tanto vitupera y aprende en su escuela aquella armonía con que suele embellecer sus versos como lo prueban las siguientes octavas, en que pinta la felicidad del pecador arrepentido, imitando tambien el *Cantar de los cantares* :

Ven, pues, amado mio, que las flores
De mil colores pinta la ribera,
La tortolilla llama á sus amores,
Y nuestras viñas dan la flor primera.
¿No sientes ya, mi amado, los olores
De las silvestres yerbas? Sal, pues, fuera,
Vámonos al aldea, y cojeremos
Las rosas y azucenas que queremos.
Allí cuando el jardin del rico Oriente
Abra la clara aurora, y enfrenando
Los caballos del sol, saque el luciente
Carro, tú y yo, mi amigo, madrugando,
Saldremos á la huerta á do la ardiente
Siesta en alguna fuente conversando,
La pasaremos bajo algun aliso,
Y no habrá para mí mas paraíso.
Y cuando el rubio Apolo ya cansado
Los sudados caballos zabullere
En el hispano mar, y algun delgado
Zéfiro entre las ramas rebullere,
Y el dulce ruiseñor del nido amado
Al aire con querellas le rompiere,
Entónces mano á mano nos iremos,
Cantando del amor que nos tenemos.
Allí me enseñarás, ó dulce esposo,
Allí me gozaré á solas contigo,
Allí en aquel silencio alto reposo
Tendré, mi amado, en verte allí conmigo :
Allí en fuego de amor (ó mas hermoso
Que el sol) me abrasaré, y serás testigo
De que te amo así, que por tí solo
El dia me es escuro y negro Apolo.
Allí te alabaré y en dulce canto
Cantaré las grandezas que me has hecho,
Y cantaré como tu brazo santo
Con celestial poder rompió mi pecho,
Y me libró del reino del espanto,
Movido por amor de mi provecho;
Y será de mi canto el fin y cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Tambien *Santa Teresa de Jesus merece* citarse entre los vates que

se ejercitaron en la poesía sagrada. Su alma ardiente y arrebatada se muestra en ella lo mismo que en su prosa. Ménos sujeta que los anteriores á la imitacion de los libros sagrados, es mas original y mas apasionada. Hablaremos mas adelante con mayor extension de esta mujer sorprendente : aquí solo citaremos para muestra de su estilo poético los siguientes versos *al amor de Dios*, y un soneto á *Cristo crucificado*.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.
Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion,
Ver á Díos mi prisionero,
Que muero porque no muero.
Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza :
Muerte, do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.
¡Ah! qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida;
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

SONETO.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios : muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera :
Porque, si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

En las regiones setentrionales, la poesía religiosa se muestra melancólica, sombría, profunda y filosófica : en las meridionales donde la imaginacion es tan viva y el alma tan apasionada, que aun la austeridad del claustro no puede destruir esta influencia del clima, la misma poesía toma un carácter mas risueño : no se resuelve á abandonar los floridos cuadros que donde quiera le ofrece la naturaleza; les pide aun sus colores, su mágico pincel, y hasta en los cantos místicos respira los suaves aromas, y las pasiones ardientes que forman el alma de estas regiones.

Así sucedio á los hebreos, y así nos tenia que suceder á nosotros. Los anteriores ejemplos son una prueba de ello.

El P. Fray *José de Sigüenza*, célebre por su historia de la órden de San Jerónimo, se dedicó tambien con suma aficion á la poesía, y hubo de escribir gran número de composiciones sagradas, cuya mayor parte se encuentran inéditas en la biblioteca del Escorial. Publicadas no existen sino muy pocas insertas en la vida suya que acompaña á la citada historia. Por ellas no vemos que su númen poético se elevase á grande altura, aunque sí hay esmero y buen gusto. La mayor parte son paráfrasis de los Salmos. Citaremos de él las siguientes :

Paráfrasis del Salmo *Cœli enarrant gloriam Dei.*

Cantan los cielos con callado acento
La alta proeza del Autor inmenso :
Muestra la hazaña de su diestra mano
Cielo estrellado.
Sin que descanse de volver su rueda,
Muestra el presente, al futuro dia :
Va pregonando la callada noche
La que se espera.
No hay lengua, ó gentes, de nacion extraña
Do no se entienda tan divino acento;
Pues su armonía de uno al otro polo
Va resonando.
Puso el asiento del dorado Febo
Firme, en el medio de las claras ruedas;
Y como esposo, de su rico toldo
Sale á la aurora.
Como gigante no cansado y fuerte
Corre desde el Oriente al otro extremo,
Y torna al puesto por la oblícua senda,
Todo lo alumbra.
Mas ¡ó luz pura del Señor supremo,
Que al alma errada vuelves á la senda,
Testigo firme del gran Dios, y lumbre
Clara á ignorantes!
Sacras veredas, sin torcida vuelta,

Que al que os camina dais perfecto gozo;
¡Ó via láctea! que á los ciegos ojos
Quitais el velo.
Santo es el miedo de paterna ofensa
Que alinda siempre con eternidades;
Sus juicios lisos, sin doblez, ni ruga
Son sin enmienda.
Oro del Tíbar, ni precioso gemma
Vido el deseo con que comparallos;
Ni vido el gusto mieles tan sabrosas;
Panal tan dulce.
Y así tu humilde siervo y cuidadoso,
Vela en su guarda, porque en ella siente
Que se atesora cuanto el cielo puede
Dar de esperanza.
¿Quién será puro de delitos tantos
Tan escondidos? ¡Ó pureza santa!
Limpiadme de ellos, y tambien me libra
De los agenos.
Aunque combatan quedaré yo puro,
Si no me rinden al soberbio asalto,
Y el homenaje que te debo, limpio
De alevosía.
Luego mi lengua te hará son suave,
Y el pensamiento no perderá punto
De tu presencia : ¡ó ayuda cierta
Redentor mio!

A Cristo Señor nuestro; en su nacimiento.

SONETO.

De tronco, y de raíz firme y segura,
Tierno pimpollo y bello se levanta
Tan alto, que á la mas crecida planta
Humilde deja, y vence con su altura.
En medio de él, y en su mayor frescura,
Brota una flor, y su fragancia es tanta,
Que las almas eleva y las encanta
En sueño dulce de su gracia pura.
Á pesar de los cierzos rigurosos
Trueca el invierno triste en primavera,
Y la mas larga noche en claro dia :
Llegad mortales, pues, llegad dichosos;
Gozad mas bien que él de la edad primera,
Pues cuanto el cielo tiene, acaso lo envia.

Acaso no existió poeta alguno de la época que recorremos, que no se ejercitase mas ó ménos en la poesía sagrada; y si se recogieran todas las obras que han escrito en este género, formaríanse colecciones de no escasas riquezas : en prueba de esto citaremos una coleccion de romances que, con el título de *Avisos para la muerte*, se públicó á fines del siglo XVI, compuestos á competencia por varios ingenios de aquel tiempo, y aumentada despues por otros del siguiente : el número de estos se acerca á cuarenta, entre los cuales se cuentan los poetas de mas nombradía como Lope de Vega, Calderon, Jáuregui, Montalvan,

Vélez de Guevara, Rójas y otros. En estas composiciones se advierten ya resabios del mal gusto que iba cundiendo por entónces, habiendo en ellas mas sutileza que verdadera efusion de los sentimientos religiosos. Hé aquí cómo se explica *Lope de Vega* hablando á Cristo crucificado :

Manso Cordero ofendido
Puesto en una cruz por mí,
Que mil veces os vendí
Despues que fuísteis vendido :
Dadme licencia, Señor,
Para que, desecho en llanto,
Pueda en vuestro rostro santo
Llorar lágrimas de amor.
¿Es posible, vida mia,
Que tanto mal os causé?
¿Que os dejé? que os olvidé,
Ya que vuestro amor sabia?
Tengo por dolor mas fuerte
Que el veros muerto por mí,
El saber que os ofendí,
Cuando supe vuestra muerte;
Que antes que yo la supiera,
Y tanto dolor causára,
Alguna disculpa hallára,
Pero despues no pudiera.
¡Ay de mí! que sin razon
Pasé la flor de mis años
En medio de los engaños
De aquella ciega aficion!
¡Qué de locos desatinos
Por mis sentidos pasaron,
Mientras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!
Lejos anduve de vos,
Hermosura celestial;
Lejos y lleno de mal,
Como quien vive sin Dios.
Mas no me haber acercado
Antes de agora, seria
Ver que seguro os tenia,
Porque estábades clavado;
Que á fé que si lo supiera
Que os podíades huir,
Que yo os viniera á seguir
Primero qne me perdiera.

Si la coleccion no lo dijera, no atribuiríamos á Lope estas y las demas redondillas que siguen, en las cuales, á la verdad, no reconocemos su estilo. Mas sutil es todavía, pero mas propio de su autor, el siguiente rozo de un romance atribuido á Calderon :

¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto
Al morir es parecido!
Pues si nacimos llorando,
Llorando tambien morimos.
Un gemido la primera

Salva fué que al mundo hicimos,
Y el último vale que
Le hacemos es un gemido.
Entre cuna y ataud
Sola esta distancia ha habido,
Hácia la tierra ó el cielo
Arrojarnos ó admitirnos.
¡Qué bien en sus confesiones
Lo significó Augustino,
Cuando á esta proposicion
No averiguó el sentido!
¡Vive el hombre ó muere el hombre!
Pues que ninguno ha sabido
Si vive ó muere, porque
Todo se hace de un camino.
¿Qué mas ejemplo que yo
Á este letargo rendido;
Pues vivo al tiempo que muero,
Y muero al tiempo que vivo?
Y si al fin para morir
No ha menester mas delirio,
Ni mas crítico accidente
El hombre que haber nacido?
¡Ó felice yo! ¡Ó felice
Que morir he merecido
En vuestra fé, conociendo
Tantos mortales avisos!

Otras colecciones existen tambien de poesías sagradas, de que daremos aquí los títulos, aunque son bastante raros sus ejemplares

Sagradas Flores del Parnaso, por Bazans.

Divina, dulce y provechosa poesía, por Fray Diego Murillo.

Conceptos espirituales, por Fray Diego de Jesus.

Romancero espiritual del Santisimo, por el maestro José de Valdivieso.

Sacro plantel de flores divinas, por Francisco Ballester.

Verjel de plantas divinas, por Arcángel de Alarcon.

Versos espirituales que tratan de la conversion del pecador, por Pedro de Encina.

Divinos versos, ó *Cármenes sagradas*, por Miguel de Colodredo y Villalobos.

CAPÍTULO XIII.

Poetas épicos.

El ejemplo de los antiguos, el de los italianos, que á tal punto habian sobresalido en la poesía épica, no podia ménos de ser imitado por nuestros ingenios, tan afanados en seguir las huellas de aquellos. Á este estímulo debido al espíritu de imitacion, se añadia la natural propension de todos los pueblos á dejar consignadas las hazañas que los ilustran en estas grandes obras que forman siempre como la corona y el mas bello floron de su literatura. Con efecto, desde los tiempos